

La Tierra en la Literatura Latina

Virgilio murió en Brindisi, sobre el Adriático el 22 de setiembre del año 19 antes de nuestra Era. En su epitafio se pusieron estas líneas, atribuidas al propio poeta mantuano: "Canté los prados, las tierras de labor y los reyes". Y ya en el exordio del Libro I de "La Eneida" había subrayado parecidas palabras: "Yo aquel que en otra tiempo modulé cantares al son de leve avena y dejando luego las selvas obligué a los vecinos campos a que obedeciesen al labrador".

Sirvan aquellas frases para señalar en el frontispicio de la literatura latina su carácter eminentemente terrígena por labios de Virgilio y sea esto motivo para recordarlo (en un nuevo aniversario de su muerte) como señera figura representativa de la itálica cultura. La literatura, reflejo vivo de ésta en toda su integridad, tuvo por ello un especial signo de labranza, de rústica y natural elocuencia, de realismo, dentro de Roma, en contraposición con ese alado mundo marino y de ciudades aisladas del litoral que vive en la literatura griega hasta llevarla al campo de las ideas puras en que se debate Platón.

Roma hundió las manos en las tierras preñadas de semillas, recogiendo sin embargo los elementos formales de Grecia, pero vistiendo la sutil transparencia con pesado ropaje campesino. En Grecia hay un dominio de la armonía: el mar apacible que invita al equilibrio; las islas tienen blancos encantos; los hombres se agrupan en pequeñas zonas y forman oasis de inteligencia; (la cultura gira alrededor del mar) dentro de aquel "milagro griego" que diría Renán; Homero supervive a través de los siglos con una leve ondulación de espuma. Roma, más tarde, es síntesis del Mediterráneo y recoge el material de Grecia y del Medio Oriente como depositaria del legado de la Antigüedad. Pero la honda resonancia de las letras griegas prolifera en Roma dentro de una concepción organizada del Estado, en el campo jurídico y en el aspecto guerrero, y con una supervivencia de la sociedad agrícola que predominó especialmente en el Lacio. Encerrados entre bancos de arena, de lagunas, de pantanos y de rocas que dominan su dramático litoral, los romanos

se volcaron hacia la tierra y no fueron como los griegos navegantes de inquieta y nunca definitivamente constituída formación estadual. Todo lo que en Grecia fué fácil, fluído —islas bellas y golfos inmensos donde se canta al amor, al banquete y a la inteligencia— se hizo fuerte penetración de cuña y realidad simple en Roma. Copió ésta los modelos griegos para satisfacer sus posibilidades culturales pero tuvo que aplicarles su lenguaje seco, breve, práctico a aquellos mismos temas a los que los griegos dieron flexibilidad y armonía. Y sobre los dioses literarios de Grecia, superpusieron los romanos sus divinidades del campo y del hogar. (Palas y Bubona presidieron las fiestas del ganado; Silvano y Flora dieron carácter a las Lupercalias alrededor del fuego casero en que el dios "Iar" aburguesaba el Olimpo con la felicidad de la familia que delineó el Derecho Romano.)

Ya en el viejo saturnio, poesía de ritmo en el acento, entonaron etruscos carmens en loor del campo. "Ayúdanos, oh lares" a cultivar la tierra. En simplísimas expresiones agrícola-religiosas, con dulzura en la petición al ténpero, con fervor en pro de la labranza próspera, los "Carmen fratrum arvalium" mezclaron los dos elementos sobre los que descansa la cultura latina: el hogar y la agricultura. Y los Cantos Convivales y los Nupciales, el Poema al Dios Tiber, padre de la campiña lasciva, están todos saturados del mismo sentimiento campesino, del signo que ha de animar asimismo las cántigas de la Fescenia y de Atela, donde se perfecciona el diálogo para originar el Mimo, con el arrebató sensual de Fauno y la fecunda acción de Rúbigo. Placer y siega con palabras crudas y lenguaje llano, en que la farsa se levanta sobre los campos de trigo y en medio de hermosos árboles frutales, bajo las rocas verdecidas y a lo largo del río azul que se abre hacia el Tirreno en un hermoso abrazo del campo. Y las "neniae", endechas de amor de la etapa monárquica romana, tienen también la dura ríscosidad campesina y muy poco de la alada y sutil sensualidad oriental o de la perfecta concepción armónica de Lesbos.

El inicial baluarte de cultura helénica que en el sur de la península itálica alimentaba el desarrollo de la literatura romana —costas de Si-
quelio donde vivieran el trágico Esquilo, el órfico Pitágoras, el ditirám-
bico Píndaro— tomó características de verdadera invasión espiritual con
la dominación de Grecia por las fuerzas romanas. Y entonces comenzó
aquel trasplante que los pueblos organizados y utilitaristas realizan a base
de los otros pueblos que con mayor envergadura cultural tienen sinem-
bargo incompleto desarrollo político y principios idealistas de organiza-
ción social. Roma se llenó de Grecia. Y sobre el parco, realista, lengua-

je del saturnio se improvisaron problemas humanos y personajes extraídos del mundo equilibrado de las ideas eminentemente helénico; o por el contrario se estilizó al labrador con nuevo lenguaje, dentro de las formalidades del hexámetro. Las tragedias y las epopeyas griegas tuvieron sabor duro y algo de la soldadesca severidad romana. Ennio, pretendido Homero de las Guerras Púnicas, mantiene disciplina y rompe en par-do cantar de tierra por encima de la flexibilidad del clásico metro épico. Claro que en camino de perfeccionamiento y depuración estética, Roma tiene a Terencio, africano de origen y con refinamientos orientales, que copia en lenguaje romano, la Comedia Griega con maravillosa habilidad. Pero, el pueblo romano que obedece a los signos de su desenvolvimiento cultural reacciona en masa y abandona el teatro para volver a los juegos de circo, donde la sensualidad del Mimo se afinsa en las corrientes terrígenas y podríamos llamar instintivas de la vieja y siempre incipiente —sinembargo— literatura autóctona.

Roma encumbró a Catón. Y Catón empleó en su oratoria y en sus ensayos la palabra áspera de los viejos romanos. Nada de concepciones ágiles, ni de recursos retóricos. Catón exponía las ideas con la familiaridad y la rudeza del soldado o del hombre de campo que en el seno de la familia muestra los beneficios de la comunidad o los males que acarreará tal o cual decisión. Plutarco nos ha enseñado el tipo rústico que se da en Catón, y los ejemplos puros y simples que formaron la oratoria catoniense. Y si observamos "De Agricultura Liber", que ha pasado completa a la posteridad, observaremos la sencillez en el consejo, la frase corta que tanto agrada a Gudeman. "De Agricultura Liber" no tiene mayor valor que ese renacer del sentimiento campesino romano. Los datos que se proporcionan al labrador, o simplemente al "pater familias" para la conducción del hogar, están ajenos a la fastuosidad mitológica y a la hábil combinación de elementos legendarios que emplea Hesíodo, en similar ocasión. Las recetas para el cuidado del mosto, para la conservación de aceitunas; para el empleo del aceite, del hinojo, del lentisco, tienen la risueña simplicidad de la cocina romana y se alejan de cualquier problema de moralidad que siempre está presente en el poeta de la Beocia.

En Catón está el orador que emplea frases a golpes y el ensayista que en lenguaje rudo muestra los caminos de la vida diaria a través de su tratado de agricultura o en los "Preceptos a su Hijo" o en el "Carmen Moribus", que escrito en prosa tiene cierto ritmo del saturnio y es también ancha vía de romanización.

Y en la lucha por la tierra, por conseguir una más justa repartición de ella, para darle al que trabaja el fruto obtenido, se crea toda una escuela oratoria. Sirve ésta, entonces, como sirvió antes a los "nabis" de Judea, para una intensa acción política-social. Y la oratoria de los hermanos Graco, líderes de un movimiento de trascendencia inusitado, ostenta también el escudo de la aspereza, de la dura forma latina cristalizada en los oscuros campos verdes, entre las fuertes rocosidades y los largos pantanos. La crisis agraria romana está vivamente reflejada en la prosa de entonces, que ha de ser por muchos años la expresión de este histórico paso que culmina en las tiranías democráticas antes de la acción de los triunviros. Cicerón da su nombre al nuevo momento. Se aparta con él Roma de su camino hosco y las normas helénicas encuentran no sólo repetición formal, sino eco de conceptos, resonancia de objetividades. La inquietud temperamental de Cicerón lo mueve, de modalidad a modalidad, a trabajar por una culturización definitiva de Roma. Y ya en la oratoria, en los estudios retóricos, en su discurrir por los ensayos platónicos, en su búsqueda de la perfección moral del hombre, Cicerón lleva invívito al helenizante. Ni en sus discursos, ni en la magnífica exaltación de Bruto, ni en sus estudios filosóficos llevados a cabo en sus agrestes propiedades de Túsculo —¡oh tierras Sabinas de Catón!— está presente el problema agrario de Roma. Y sus epístolas, género para el que aportó su extraversión genial, nos han de pintar interesantes momentos de la vida romana, pero flotando siempre dentro de concepciones generales y no ostentando la llaneza característica de la vieja latinidad. Cicerón ofrece un rico botín, del que han de usufructuar Virgilio y Horacio, sólo que éstos, más aquel que el último, han de aprovecharlo llevando el sentimiento romano de la tierra al par que ese perfeccionamiento del lenguaje y esa armonía helénica que Cicerón afincara definitivamente en Roma.

Pero antes de llegar al momento cenital de la llamada Edad de Oro de la cultura latina, algunos personajes nos han de hablar en distinto idioma literario, terciando en la voz los elementos helénicos con las propias aportaciones romanas y aún como en el caso de Lucrecio haciendo de la poesía un extraño medio de difusión de ideales filosófico-materialistas con una unción severa y con un claro ordenamiento lógico de la historia de la humanidad. Lucrecio es el primer poeta que hace de la misma materia el más grande personaje; materia que no es otra cosa que unión y disgregación de átomos, como lo anunciara siglos atrás Demócrito. Lucrecio entona la apología de la vida y de la muerte, que no es sino el mismo e idéntico proceso. "La muerte inmortal arrebatada la

vida mortal". En Lucrecio hay un anticipo del mesianismo cristiano y del claroscuro barroco, dentro de una posición intelectualista en que la evolución surge al paso en una mezcla de biología y de sociología poéticas. A través del intencionado deseo de mostrar las leyes que rigen la vida y el ordenamiento universal, Lucrecio habla con las voces secretas del instinto aunque rechace lo que de bárbaro y conquistador tiene el hombre. Y en su hermoso Libro Quinto de "La Naturaleza de las Cosas", el poeta dentro de las actividades humanas señala en frases conmovedoras el nacimiento de la agricultura, madre de la civilización. Si Venus origina mediante el amor la figura del hombre, es la agricultura la que le da forma superior de vida.

"Igualmente enseñó la Naturaleza en el principio de las sociedades —dijo Lucrecio— a hacer las operaciones de siembra y de injerto, semillas que después, en apropiados tiempos, daban numerosos retoños; también se ensayó el ingerir brotes de una planta en otra y trasladar los arbustos: de este modo, por medio de multiplicadas tentativas, el cultivo de los campos se mejoró, y con las esmeradas labores de las tierras se consiguió ablandar los frutos salvajes. Los bosques reducidos quedaron a los más altos montes, al mismo tiempo que por las planicies y colinas se extendieron los campos cultivados, el prado, el lago, el arroyo, y con pujante lozanía el trigo, la viña y el verdoso olivar que ocupó las llanuras y montículos. Este sistema de trabajo por muchos años seguidos ha dado vida a esos amenos lugares que ves llenos de árboles frutales de variedad encantadora".

Lucrecio habla con palabras entrecortadas, ásperas, romanas en esencia, aunque le anima el fervor helénico de la filosofía y la alegría de una armónica felicidad universal por encima de la miseria individual de la existencia. Frente a este temperamento vigoroso está siempre en contraposición la figura sensual de Cátulo —"Odio y amor"— que ha de cantar, superando el primer momento de imitación alejandrina, las bellezas naturales de la región de Verona, pero con el sentimentalismo enfermizo que encontrara eco en el contemporáneo D'Annunzio.

Completando el cuadro cultural de aquel momento, antesala del imperio, el erudito Varron nos hablará también de Roma y de su tierra, de la tierra latina, cuando a los ochenta años compone su "Tratado de Agricultura", dedicado a los dioses del campo: a la fecunda Pomona, al dorado y fino Rúbigo, al protector Saturno. Culmina en esta romantísima obra, su farragosa tarea de 600 volúmenes que representan la Enciclopedia Romana, con un aliento que admiraría San Agustín, y con una ironía que entusiasmaba a Julio César, quien lo nombró Bibliotecario de Ro-

ma, ordenando la formación de una biblioteca que asegurase el imperio definitivo de la cultura sobre las centurias de soldados y sobre los labradores que formaban la latinidad.

Un problema, un drama de tierras, constituye la base de la inmortalidad literaria de Virgilio. Apenas si este oscuro campesino mantuano era conocido en Roma cuando ocurrió el incidente que le abrió el camino de la fama. Se sabía que estudió Retórica y Filosofía y que anduvo en amistades con epicureístas que alababan los duros y magníficos cantos de Lucrecio, suicidado muy pocos años antes, el mismo día en que Virgilio tomaba la toga viril. Algunos poemas a los insectos del campo o a las costumbres de su tierra natal habían llegado a oídos de la gente de letras, traspasando la residencia de Asinio Polión que acumulaba libros y estatuas de hombres célebres, y que le había ofrecido, al parecer, amistad y protección. Fué un hecho de gran trascendencia el que vino a cambiar el ritmo de su vida y dar pregón a su fama. Después de la batalla de Filipos, el triunviro Octavio César necesitó pagar a la soldadesca que lo había acompañado en la guerra. No alcanzó para ello ni los bienes de los proscritos acusados de haber figurado al lado de los asesinos de Julio César, ni los exiguos tesoros de los templos de Roma y entonces se acudió al expediente de confiscar tierras de las regiones que no habían sido adictadas a los ejércitos de Octavio; fué así como se designó la región de Cremona y de su vecina Mantua para ser repartida entre los veteranos vencedores el 41. El desconcierto y el pánico llegaron al humilde pueblo agreste de Andes y Virgilio Marón le escribió desoladas estrofas a su maestro Scyronis. El hecho temido de quedarse sin haciendas y rebaños se consumó en breve. Fueron entonces Virgilio y su anciano padre hasta Roma y Asinio Polión se interesó por ellos. Mecenas, se sumó a estos buenos oficios y Octavio decidió que recobrasen sus bienes. Más aún costó trabajo convencer al Centurión Ario, nuevo poseedor de las tierras, quien arrojó a los antiguos propietarios en forma que habría de contarla el propio Virgilio en su égloga novena. Los antiguos hombres de campo de Mantua y de Cremona salieron por los caminos desposeídos y crearon un nuevo problema. Pero, había, además, en ellos una honda desolación, un atribulado sentimiento por sus tierras y por sus ganados que tan injustamente les habían arrebatado. Y con esta impresión propia, con ese cuadro ante los ojos, Virgilio concibe sus pastorales, que si bien recogen el virtuosismo y el depurado lenguaje y hasta en muchos casos reproducen los personajes de Teócrito, siciliano que escribe en griego, tienen la indiscutible originalidad de expresar una realidad plenamente sentida. Las églogas primera y novena responden

íntegramente al problema y son los dos nudos que forman ese poema tipo de la ruralidad que se llama "Las Bucólicas".

"Mas nosotros lanzados crudamente de nuestros campos —dice Melibeo— iremos unos al feroz Escita y otros a la ardiente Libia; alguno sus cuitas irá a contar al rápido Armiro y otro a donde habita el Britano del mundo separado. ¿Podrá ser cierto que mi tirano destino me condene a no ver nunca el pobre albergue por mi mano alzado? ¿No he de tornar después de algunos años a ver estos dominios que mis amores y mi dicha encierran? ¿Unos soldados extraños a mi patria habrán de poseer estos novales donde invertí mi sudor en tantos años?". "Carmina nulla canam"... (No cantaré más).

Y Melibeo piensa en sus viñas y en sus perales, en las cabrillas que eran su recreo, en sus pastales, en su verde gruta, en el citiso y el sauce que pueblan su tierra. En todo aquello que le ha sido quitado y que tal vez no vuelva a ver.

Frente a él, Títiro se regocija de haber obtenido por el favor augusto la gracia de permanecer en su campo y expresa la gratitud que guarda y cómo ha de bañar la sangre de un cordero, con frecuencia, en reverente ofrenda ante las aras por quien en Roma le dijo con propicio acento: "Tus toros doma; páce tu rebaño".

Hay una contraposición que sirve para expresar claramente cuán unido está el hombre de la península a su tierra. Y por una inmediata asociación hemos pensado en el habitante del antiguo Perú, también unido poderosamente a su medio agrícola. La "Pacha" es como para los pastores de Virgilio: la amada, la Galatea, la Amarilis. Y como a los pobres labradores mantuanos, alguien vino a repartir sus tierras y el hombre de nuestros Andes, como el de aquel lugar pequeñísimo de Mantua, también trasplantó a la literatura el dolor de la pérdida de la tierra en conjunción con el dolor de la pérdida del amor.

En la égloga novena, Virgilio trémulo nos pinta cómo fué arrojado por el centurión Ario de su propia hacienda: "Idos lejos de aquí, todo esto es mío".

"¿Quién cantará las niñas y las flores, las verdes sombras y las puras fuentes, del prado matizado de colores y del Mincio las aguas transparentes?".

Y Meris musita quedamente las canciones de su tierra; cantares que hablan de uvas maduras en los parrales, de injertos en las peras de las que nacerán espléndidas pomos para los nietos dulces, y de los álamos donde anida la alondra melodiosa. Y mientras el viejo pastor va entonando versos, se va alejando de la tierra hasta el lindero donde se alza el se-

pulcro de Bianor en un melancólico pasaje de despedida y de silencio.

"Paremos, pues, aquí: por un instante. Pon los chivos en tierra y descansemos mientras cantamos; que lugar bastante para llegar a la ciudad tenemos"...

Virgilio emplea la forma de llevar el idilio al modo de Teócrito pero alienta sus cortos poemas pastoriles con el calor de sus lares nativos. Surge en toda su elocuencia campesina el "Mincio" y sus recodos; los cañaverales, las hayas, las fontanas, los cipreses, las abejas, pero sobre todo el propio hombre: el que está lleno de campo y al que invade la melancolía del despojo y la alegría de la restitución. Los pastores hablan bajo alguna corpulenta encina y los va invadiendo la soledad del campo; la misma soledad que preside los amores con las zagalas, como se experimenta a través de la égloga segunda. El amor es único por la amada, por la tierra, por la cabra que se extravía, como en la égloga séptima, poema considerado eminentemente musical. Y el poeta recoge, asimismo, el folklore de su tierra: en el canto de Meris en la bucólica novena, en los poemas de la égloga quinta o en el contrapunto que forma la tercera donde dialogan los pastores contestándose tal como lo hacen nuestros hombres de campo, con puyas y frases hirientes, mientras preside otro la contienda en calidad de juez.

"¿Ese cabresto piensas que no es mío? —dice Dametas— pues se lo he ganado a Damón, y él no lo contradice, cantando ambos a dos en desafío. Sólo que hasta ahora no puede dármelo, afirma".

Y Menalcas contesta: "¿que tú has vencido a Damón, cantando? ¿Tienes, acaso, flauta? Dí, ignorante. Por las encrucijadas engreído solo haces resonar un pito rechinante".

"Quieres tú que probemos, alternando. Esta novilla por mi parte apuesto para ver cuál de los dos vence cantando. Si al combate te atreves, dilo presto".

Y así Dametas induce al combate musical a Menalcas, quedando en apuesta por un lado la novilla con su cría y por el otro un vaso labrado, porque el padre y la madrastra de Menalcas le cuentan cada noche el baño de cabras y no puede faltar ni el más pequeño cabrillo. Dametas dedica sus versos a Júpiter y exalta sus amores con Filis, a quien ama como "al dulce rocío los sembrados, cual las cabras al sauce florecido y al madroño los chivos destetados". Menalcas ofrenda los suyos a Apolo, a quien consagra "verde lauro y jacinto enrojecido"; y se refiere a sus rústicos versos en los que se recrea el Cónsul Polión. Compiten los pastores en hablar de sus Musas y de sus ganados. Dametas habla de su toro que está consumido de amor y Menalcas manifiesta que sus carne-

ros no conocen el amor pero que están extenuados porque alguien los ha "ojeado". Al final, Palemón, quien ha actuado de juez, cierra el envite sin decidirse por ninguno de los dos cantores, pues ambos son merecedores del lauro del vencedor y les dice que deben descansar, ya que el placer mismo pide reposo, aconsejándoles que eviten la influencia rigurosa del amor que se deja sentir a través del canto de ambos pastores.

Se repondrán —asimismo— supersticiones del campesino, cuando expresa Meris que se ha olvidado de los cantos como si el lobo lo hubiese mirado. O cuando Melibeo dice que la encina quemada por los rayos y la voz de la corneja habían ya anunciado la triste suerte que le esperaba de ser desposeído de sus tierras. Sobre esta vida del labrador el poeta da las pinceladas del paisaje con hondura y, a la vez, con dulce dicción.

"Quédate aquí esta noche descansando; tenemos castañas, quesos, peros olorosos y un lecho verde y blando. Ya el humo se divisa en los apagados caseríos. Las sombras van descendiendo de los montes a pasos presurosos y van cubriendo al mundo de densa oscuridad".

Las églogas: cuarta en honor del hijo de Marcelo, muerto en la niñez, la octava en tributo a Asinio Polion —quien lo animó a publicar "Las Bucólicas"— y la décima en testimonio de amistad al poeta Cornelio Galo, si bien mantienen el tono general de la obra no responden exactamente a la posición campesina de Virgilio y son más cortesanas expresiones donde surge el pulido poeta imperial.»

Así como el drama del despojo y de la restitución llevó a la composición de "Las Bucólicas", otro problema agrario fué el motivo de la segunda gran obra virgiliana: "Las Geórgicas". Roma atravesaba una crisis. Las masas campesinas deslumbradas por las grandes obras imperiales que se realizaban en la capital iban abandonando el campo y llevaban a un crecimiento desmedido de Roma con detrimento de la producción. Mecenas animó entonces al poeta a que concibiera una obra que relievando las faenas campestres hiciera volver nuevamente los ojos hacia el trabajo agrícola. —Algo como podría insinuarse hoy entre nosotros.— Virgilio realiza un cuidadoso trabajo y ofrece a la consideración de su protector el poema que se considera de mayor perfección y de más acentuada tonalidad románica. En cuatro cantos, Virgilio exalta la obra del campesinado y ofrece enseñanzas sobre los cultivos, sobre el cuidado de los árboles, sobre la cría del ganado y sobre la producción de las abejas. Es el poema de la agricultura —"divini gloria ruris"—. Dentro del mismo

camino ya trazado por Catón y por Varrón, Virgilio desarrolla este poema lírico-didáctico con emocionadas frases.

“Feliz aquel que conoce a los dioses agrestes, a Pan y al viejo Silvano y a las ninfas”.

Es en la estrofa inicial del Libro Primero donde expone Virgilio las materias que va a tratar en el poema:

“Qué da a las mieses su esplendor risueño; bajo qué astro feliz la dura tierra mover, Mecenas, y enlazar conviene las vides a los olmos; qué cuidados los bueyes y rebaños hermocean; cuál solícita industria, en fin, exige la abejuela frugal”.

Es este primer canto expresión general de los campos a través de las estaciones y aún se mueve Virgilio en él dentro de hesiódicos versos; pero ya en el segundo brota en toda su fuerza la tierra itálica a la que él dedica elogiosos términos.

“Pero ni las ricas florestas de los Medos, ni las bellas riberas del Ganges, ni el Hermo con sus auríferas arenas, ni la Bactriana, ni la India, ni la Arabia, cuyo suelo produce el incienso pueden compararse a la maravillosa Italia. Sus campos no han sido ciertamente removidos por los fogosos toros, ni sembrados con los dientes de una horrenda hidra, ni los erizó una mies de guerreros con yelmos y apretadas lanzas; pero están llenas de fecundos trigos y del mágico humor de Baco, y poseen olivos y abundantes ganados. Aquí el belicoso corcel se lanza por los campos con la frente erguida; muchas veces desde aquí, ¡oh Clitumno! el toro y las blancas reses esparcidos por las márgenes de tu sagrado río, condujeron a los templos de los dioses los triunfos romanos”.

“¡Salve, tierra de Saturno! —dice más adelante— ¡fecunda en mieses, fecunda en héroes! por tí acometo el renovar el antiguo loor de la agricultura, por tí oso abrir las sagradas fuentes y cantar a las ciudades romanas los versos del poeta Ascreo”.

Y en ese mismo libro, dentro el marco de la tierra cantada, señala Virgilio los alegres días del buen labrador y los compara con la falsía de la vida en la ciudad. Para el hombre de campo, no hay discordia ni púrpura de reyes, ni polémicas en el Foro, ni corrompidas prácticas.

“El labrador abre el seno de la tierra con la reja del arado. Este es su trabajo de todo el año: con él sostiene a su patria y a sus pequeños hijos, y a sus ganados y a sus yuntas, que bien lo merecen. No sosiega hasta que el año rebosa en frutos, en nuevas crías de su ganado, o en gavillas de trigo; no sosiega hasta que ve los suelos abrumados bajo el peso de la mies e insuficientes para ellas sus trojes. Cuando viene el invierno, muele en los lagares la aceituna siciona, los cebones vuelven a la

piara hartos de bellotas, las selvas dan madroños, el otoño cubre el suelo de variados frutos, y la dulce vendimia madura en las laderas que calienta el ardiente sol. Entretanto sus queridos hijos colgados al cuello del labrador se disputan sus caricias; su casta morada guarda las leyes del pudor. Sus vacas se dejan ordeñar las ubres llenas de leche, y los gordos cabritillos reposan sobre el césped topándose unos con otros. También él celebra los días festivos y tendido en la yerba, rodeado de sus compañeros, al amor de la lumbre, llenan sus copas hasta los bordes, te invocan ¡oh Baco! y te ofrecen libaciones. Después suspende de un olmo el blanco, para que se ejerciten sus zagales en lanzar dardos, o ejercitar sus cuerpos desnudos en una lucha campesina”.

En mosto nuevo, hunde Virgilio los pies. El cuidado de las vides tiene para él encanto de poesía y rezagos ditirámicos. Pero debajo de las vides colmadas está la tierra propicia. Y él sabe distinguir la negruzca y fofa para los trigales, la de las ásperas colinas para la vivaz oliva y “las de hinchado seno, que embeben dulce humor y yerbas brotan”, esas son para que crezcan las uvas “que el licor gotea”.

En el canto tercero, Virgilio nos muestra su amor por los ganados y recordando a su maestro de juventud epicúrea Lucrecio, dice que: “al fuego del amor y sus furoros, son atraídos todos los seres que la tierra pueblan: el hombre, el bruto, los marinos peces y las pintadas aves”. Su amor universalista le hace descubrir la misma vida a través de las variadas formas. Y pasa así de la exaltación del hombre a la de los animales y de las plantas. Pero de las concepciones idealistas el práctico romano deviene en seguida al cuidado de los ganados y a la forma de combatir las pestes que en crudas expresiones nos las muestra vivamente.

El cuarto canto sirve para explicar la fabricación de mieles, pero también para dejar volar un poco la fantasía a través de mitos y leyendas como el viaje de Orfeo a los infiernos, la descripción del viejo de Tarento; y Proteo, y Eurídice . . . Pero allí está la voz de Pan nuevamente.

“Esto acerca del campo y su cultura —termina Virgilio— esto acerca canté de los ganados y acerca de los árboles, a tiempo que César prepotente llevaba al hondo Eufrates el rayo de la guerra; y vencedor leyes ponía a los sumisos pueblos de la tierra y se abría el camino del Olimpo. De la Dulce Parténope a ese tiempo, en el seno abrigado, florecía en no ruidosas artes, yo Virgilio, el mismo aquel que un día entonara campestre cantilena, y en juveniles fuerzas confiado cantarte osé atrevido, a tí, ¡oh, Títirol a la sombra tendido de haya copuda en pastoril avena”.

Y así enlaza "Las Bucólicas" y "Las Geórgicas" indicando los hitos de su camino poético que culmina en "La Eneida", poema épico del mundo latino.

"Canto, ahora, las terribles armas de Marte y el varón que, huyendo las riberas de Troya por el rigor de los hados, pisó el primero la Italia y las costas lavinias. Largo tiempo anduvo errante por tierra y por mar, arrastrado a impulso de los dioses, por el furor de la rencorosa Juno. Mucho padeció en la guerra antes que lograse edificar la gran ciudad y llevar sus dioses al Lacio, de donde vienen el linaje latino y los senadores albanos y las murallas de la soberbia Roma".

Fué éste el poema de Roma. Desde que el propio Augusto requirió a Virgilio para su composición, todos los grupos intelectuales siguieron de cerca el desarrollo de los cantos. Estos fueron leídos y corregidos ante el propio Emperador y ante Mecenas. Virgilio salió de Roma y recorrió el mundo helénico. Y a su regreso dejó en el puerto de Brindisi, junto con la vida, un melancólico consejo de destrucción de originales que no se cumplió. El poema había comenzado a caminar. Propercio pedía que se le abriera paso. Y siguiendo caravanas de admiración encontró en el Medioevo la santificación del Dante.

La composición es indudablemente helénica. Homero es el guía que lo hace pasar de la Odisea a la Ilíada en un regreso hacia la gloria. Temas y personajes no son sino reproducciones o mixtificaciones de la épica jónica. Y sin embargo "La Eneida" es estrictamente romana en su núcleo central. La cultura helénica brota en los poemas homéricos de la lucha al pie del mar: entre las murallas de Ilión y el litoral colmado de naves aqueas; y después están las islas y sus orillas: costas de Feacia, costas de Esparta, grutas de Circes y Calipsos. Al fondo los montes altos donde está el transcurrir de los dioses, donde las ideas se afilan y las imágenes se estilizan. El mundo romano nace en "La Eneida" en lo profundo de las siete colinas, en los valles verdes de la Toscana, en las selvas. La ciudad que Eneas fundaría ateniéndose a los presagios del Rey Heleno y a las profecías de la Sibila, estaría "tendida bajo las encinas de la ribera" donde había de encontrarse "una cerda blanca dando de mamar a treinta lechoncillos".

Los seres que habitan esas regiones formaban parte de una "raza de hombres nacidos de los duros troncos de los robles", y cuando celebraban sus triunfos "todo el bosque resonaba con el estrépito de sus cantares".

Desde que Eneas llega a la desembocadura del Tiber, amarillo en ese punto por las arenas de sus playas, hay una persistencia de arboleda y

de encantado poblar de bosques. Su remeros surcan sus largos recodos entre coposos ramajes. La capital del reino arcadio de Evandro es una rústica población por la que pasan mugiendo los rebaños. Sobre esa base ha de levantarse la faustuosa Roma imperial; con los mismos elementos terrígenas. Bosques santos, puertas de roca viva, colinas con zarzas y vacadas, que forman los linderos naturales de los palacios de mármol del futuro. Los mancebos llevan las sienas ceñidas con guirnalda de álamo. Los mitos y las leyendas giran alrededor de estas tierras donde impera Saturno.

Virgilio no puede dejar su melancólico tono campesino. En medio de la exposición sofocliana de la pasión de Dido surge esta descripción: "Era la hora en que llegan los astros a la mitad de su carrera, en que callan los campos y en que los ganados y las pintadas aves y lo mismo los animales que habitan en los extensos lagos que los que pueblan los montes, entregados al sueño en el silencio nocturno, mitigaban sus cuidados y olvidaban sus faenas".

En ultratumba, Eneas divisa cañada en apartado bosque lleno de gárrulas enramadas, en plácido retiro que baña el Leteo. Los pueblos y las naciones que la circundan son las generaciones romanas que harán la historia de Italia.

Y el combate no se hace en desoladas playas, sino que se realiza entre bosques espesos. Cuando teucros y latinos cesan en la pelea fiera "resuena el fresno herido del hacha, caen los pinos erguidos hasta las estrellas y no cesan de rajar con cuñas el roble y el oloroso cedro". El Dios Marte tiene su habitación en "verde cueva". Y todos los guerreros que pelean en uno y otro bando han labrado con la reja los duros collados y han apacentado rebaños en las asperezas. Y ahora que la contienda enciende vivas llamas, se iluminan las campiñas.

Aquí está latente el espíritu de la cultura latina: girando alrededor de la tierra y de sus productos naturales. Y el lenguaje no se hace brillante y expositivo como en Homero, sino condensado y duro, como el trabajo de sus hombres. No es tan limpio y diáfano como en la épica griega y se resiente de la melancolía del tono.

"Nadie como Virgilio —ha dicho Lorenzo Riber— para iluminar con la luz de su alma el espectáculo de la Naturaleza y de la vida humana". Y añade que su poesía está bañada "de suave y reposada tristeza". En cambio señala a Horacio como ofreciendo el "fruto amargo del árbol de la vida". Es que el poeta de Venusa realiza una mayor especulación de los problemas del hombre y se mueve en un campo intelectual, dotado de un gran sentido común que es la característica esencial de toda su poe-

sía, desde los Epodos hasta ese legado literario que constituye su Carta a los Pisones y que fué bautizada con el singular nombre de Arte Poética. Virtuoso en la forma y equilibrado en el contenido, Horacio se acerca a los ideales helénicos, pero documentalmente expone en toda su integridad la vida de Roma a través de su propia vida y no puede prescindir de los elementos formativos de la cultura latina que alimentan su magnífica ascensión lírica y su clara y realista exposición satírica. María Rosa Lido ha dicho que escribe con delicada arquitectura. Su obra marca el nivel alto en que se conjunciona el espíritu ático —en particular el discurrir socrático— y el sentido plástico de la vida que anima a los romanos.

"Más que los otros el lugar me agrada donde a 'la oliva de Venafró verde la oliva iguala y a su miel suave cede el Himeto".

Nacido en la región sabina, Horacio es un hijo de liberto criado en el campo.

"En el monte Vulturo, do me crié en la Apulia, fatigado en mi niñez, de puro jugar, todo entregado el sueño, me cubrieron unas palomas que sobrevinieron, de verdes hojas; tanto que a todos admiró cuantos la sierra y risco de Acaranto y la muntuosa tierra de Bata y de Fiñano, moran el abundoso y fértil llano, en ver como dormía, ni de osos, ni de víboras dañado y como me cubría de mirto amontonado y de laurel un velo" . . .

Pero la juventud la ha de pasar estudiando ya en Roma, ya Atenas, gracias a los desvelos de su padre. Y resulta, después de su amarga experiencia al lado de los insurrectos republicanos, trabajando en las cuestras de Roma para ser, luego, y gracias a Virgilio, favorito de Mecenas y exponente acentuado del poeta profesional. De su tierra volcánica trajo Horacio sabor para las sátiras —superación hábil del realismo de Lucilio— y para las odas, agreste tono. Para ir apreciando, paso a paso su biografía y el carácter práctico de este representante de la "burguesía" imperial de Roma, no habría sino que seguirlo en su producción de Epodos, Odas, Sermones y Epístolas. Del pequeñísimo campo que poseía en la infancia, pasó en la virilidad a espaciosa hacienda. Riber dice que "jamás hombre alguno dió contorno más feliz a la palabra". Y de ella se sirvió para hacer lección viviente, placentera, ágil, llena de humana tolerancia, en la que no pudo alejarse del campo romano y de la necesaria vuelta a la tierra, que él pide constantemente. De allí la alabanza del medio rústico que a través de versos y apólogos tan difundidos como aquel de "El Ratón de la Ciudad y el del Campo", mueven a la labranza, en tonalidades diferentes a las empleadas por Virgilio.

"Ya los muelles palacios dejarán bien pronto pocas hazas al arado. Por doquiera se verán estanques más extendidos que el lago Lucrino,

y el plátano célibe pujará sobre los olmos. Las violetas y el mirto y toda la riqueza y halago del olfato esparcirán su fragancia allí donde los olivares fueron fértiles para el dueño primero. La espesura de los laureles excluirá los dardos del sol fiero. No fué esto lo que se prescribió bajo los auspicios de Rómulo y del no tonsurado Catón, ni por la ley de los abuelos. Escaso era su privado censo y era grande el común".

Los dos poetas escribieron en "campo herboso, con flor que siempre nace, junto al agua traviesa y clara, a la vera del bosque que derrama sombra y bálsamo". Pero para uno la felicidad de la Naturaleza era inmediata, casi diríamos instintiva; para el otro, Horacio, era la consecuencia de una búsqueda elegante de la paz definitiva; lo que para el primero fué exclusivamente poesía, para el segundo fué filosofía, dentro del hermoso concepto repetido que motiva su Undécima Oda del Libro I, que Góngora tradujo con tan hermosas palabras:

"Coge la flor que hoy nace alegre, ufana;
¿quién sabe si otra nacerá mañana?..."

A través de toda su poesía moralista, de sus consejos que fluyen con la sencilla espontaneidad de su lenguaje claro, Horacio no pudo escapar a la comparación campesina, que lo acicateaba constantemente: el pino para rendir culto a las diosas del bosque; el correr del arado por la tierra que es rica en ganado y semillas; en cada madre futura ve ya el fruto propicio para que madurado caiga por obra de la suave Illitia; el mismo se siente "orondo y lucio, bien cuidado de pellejo, como un lechón". Su obra se nutre de Príapo y de Fauno; de la madre Ceres. Repite el eco de los segadores. Como lo deseaba en su Arte Poética, la poesía horaciana es digna del aceite de cedro y de ser conservada en bruñido ciprés. Valga como encumbrada manifestación de romanidad su "Carmen Secularae", que aún expresión ditirámica griega, mantiene el calor de la cultura latina.

La poesía romana se hace después amor casto en Tíbulo, amor apasionado en Proporcio; amor mitológico y recargado en Ovidio, quien muestra ya síntomas de barroca decadencia dentro del colorido orgiástico de las fiestas de Anna Perenna, en que resurge el canto popular, junto al Tiber, en los campamentos nocturnos, a la hora embriagadora de Baco. Han de venir, posteriormente, para el drama Séneca; para la sátira: Juvenal y Marcial; para la épica: Lucano. Pero quedan en lo alto, cimero y parco de la literatura latina: Virgilio y Horacio.

"Nunca perpetuamente vendrá el día que de vosotros introduzca olvido". Y el poeta de Venusa, en su Trigésima Oda del Libro III, escribió aquellos versos que pudiera repetirse para cada uno de ellos:

"Acabé un monumento más perenne que el bronce, más alto que las Pirámides reales; que ni la lluvia roedora ni el impotente Aquilón podrán arruinar; ni la innumerable serie de los años, ni la huída de los tiempos. No moriré yo todo; y una gran parte de mí se esquivará de las exequias funerales. Me engrandeceré en la posteridad y me remozaré en la gloria, mientras al lado de las calladas vírgenes el pontífice suba al Capitolio. De mí se ha de decir allí donde Aúfido vehemente rueda con estruendo y donde Dauno en un país pobre de aguas señoreó pueblos agrestes, que yo fui el primero, yo triunfando de mi humilde origen, que transportó el eolio númen a los metros itálicos. Toma, Melpómene, para tí mi gloria ganada por mis méritos y orla con délfico laurel mi cabellera".

AUGUSTO TAMAYO VARGAS.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»